

El Centro de Espiritualidad Ignaciana como espacio de creciente colaboración entre religiosos y laicas/os
Un testimonio de “recepción compartida” en la Iglesia chilena*

por Virginia R. Azcuy¹

El decreto¹³ de la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús (1995), dedicado a la “Colaboración con los laicos en la misión”, señala que: “una lectura de los signos de los tiempos a partir del Concilio Vaticano II muestra sin lugar a dudas que la Iglesia del siguiente milenio será la «Iglesia del laicado»”.² En sintonía con esta visión, este artículo busca socializar algunos avances de una investigación teológica en curso –mediada con el método cualitativo y el enfoque del “estudio de caso”– que se propone abordar el testimonio de un grupo de mujeres laicas como expresión singular de la recepción del Concilio Vaticano II en la Iglesia particular de Santiago de Chile. Siendo que la recepción de un concilio supone un conjunto de hechos eclesiales que hace posible que sus contenidos de verdad sean recibidos por parte de las iglesias como convenientes para su vida,³ en este estudio se trata de abordar la relación entre algunos contenidos conciliares –la renovación de la vida religiosa y el apostolado del laicado– y la vida de la Iglesia. En este marco, el enfoque de esta presentación se concentra en la creciente colaboración entre jesuitas y laicas que se ha desarrollado bajo el impulso de vuelta a las fuentes y *aggiornamento*, con especial atención a la creación y puesta en marcha del Centro de Espiritualidad Ignaciana (CEI). A partir de la realización de

* El contenido de este artículo (inédito) fue presentado en forma abreviada como comunicación científica en el Congreso Internacional de Teología “El Concilio Vaticano II. Memoria, presente y perspectivas. 100 años de la Facultad de Teología de la UCA-50 años del Concilio Vaticano II”, realizado en la Facultad de Teología de Villa Devoto, Buenos Aires del 1-3 de septiembre de 2015.

¹ Investigadora en el Centro Teológico Manuel Larrain por la Universidad Católica de Chile. El avance de investigación que se presenta corresponde al proyecto titulado “El Centro de Espiritualidad Ignaciana (CEI-Santiago). Estudio de caso sobre la renovación por medio de los Ejercicios Espirituales a partir de testimonios significativos de mujeres laicas”, compartido con Agustina Serrano y dedicado a ella –*in memoriam*–, quien falleció en un accidente el 29 de junio de 2015; sin su pasión por la vida espiritual y su forma de vida laica, la elección de este estudio de caso no hubiera sido imaginable.

² DECRETOS DE LA CONGREGACIÓN GENERAL 34 (15° desde la restauración de la Compañía), Roma, Curia del Preósito General, 1995, Decreto 13, 1. En adelante, CG 34 seguido de número de decreto y párrafo.

³ Cf. Y. CONGAR, “La recepción como realidad eclesiológica”, *Concilium* 77-80 (1972) 57-86, 58; W. KASPER, “El desafío permanente del Vaticano II. Hermenéutica de las aseveraciones del Concilio”, en: *Teología e Iglesia*, Barcelona, Herder, 1989, 401-415.

Stromata 72 (2016) 243-255

un relevamiento empírico,⁴ se puede afirmar que el CEI se presenta como un “caso testigo” de la recepción conciliar realizada por la Compañía en Chile, cuyo proceso de renovación se dio a partir de los Ejercicios Espirituales, tanto para los jesuitas como para laicos y laicas pertenecientes a las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) y que luego se irradió y transmitió a miles de bautizados de diferentes formas de vida.⁵ En la lectura del caso, se introduce el concepto de “recepción compartida” como una explicitación de la recepción, realizada en común por diversos miembros del Pueblo de Dios. Éste se inspira en el lenguaje posconciliar relativo a “carisma compartido” y “misión compartida”, que es propio de las relaciones entre la vida religiosa o consagrada y el laicado.⁶ La “misión compartida” representa una de las expresiones más significativas de la eclesiología de comunión posconciliar y de las diversas formas de colaboración que van surgiendo y se van desarrollando entre las distintas formas de vida, sobre todo de laicos/as y religiosos/as. En este contexto, diferentes voces hablan de “un nuevo sujeto emergente, que es el laico” y lo ven como “una oportunidad y una gracia”.⁷

1. Algunos antecedentes históricos sobre el laicado en la Compañía de Jesús

San Ignacio inculcó a sus compañeros un estilo de trabajo apostólico que suscitó transmitir a los laicos la espiritualidad que a ellos los animaba y unía. Así surgieron grupos de laicos, al comienzo llamados “compañías” y después “congregaciones”, inspirados en los Ejercicios Espirituales. En las Constituciones de la Compañía de Jesús, Ignacio dejó directrices expresas de cómo los jesuitas debían relacionarse con los laicos. Ya en la vida del fundador, la misión jesuita se apoyó en la triada colegios-ejercicios-congregaciones de laicos para evangelizar a Europa; esta triada pastoral fue utilizada por los jesuitas en los “nuevos continentes”, como lo testimonian documentos de 1567 para el Perú y de 1594 para Chile.⁸ En el caso de Chile, cuando los jesuitas regresaron en 1848 –luego de la expulsión–, reintrodujeron la misma triada pastoral. Ya a comienzos del s. XX la Congregación Mariana en Chile recibió un fuerte impulso con la presencia de

⁴ El relevamiento consta de 15 entrevistas en profundidad y 4 observaciones participantes –en el ámbito de obras apostólicas–; las entrevistas se citan con datos completos la primera vez y, luego, en texto con la sigla C (=Centro de Espiritualidad Ignaciana), seguido de número y párrafo.

⁵ El decreto 13 de la CG 34 explica que “La(s) Comunidad(es) de Vida Cristiana se dirige(n) a personas que, formadas en los Ejercicios Espirituales, se sienten llamadas a seguir a Cristo Jesús más de cerca y a comprometerse de por vida a trabajar con otros mediante su testimonio y servicio apostólico. La dimensión comunitaria refuerza la entrega apostólica” (17a).

⁶ Cf. V. R. AZCUY, “Posibilidades de Misión Compartida. Interpelaciones para una conversión pastoral a partir de Aparecida”, *Nuevo Mundo* 10 (2008/2) 131-160.

⁷ Cf. J. M. ARNAIZ SM, *Vida y misión compartidas. Laicos y religiosos hoy*, Buenos Aires, PPC, 2014, 117-153.

⁸ Cf. J. OCHAGAVÍA, *Gloria a Dios I*, Santiago de Chile, Ediciones Revista Mensaje, 2011, 259-339.

algunos jesuitas españoles –como Estanislao Soler– y otros chilenos que continuaron esta labor. Entre los alumnos del Colegio San Ignacio invitados a integrarse en la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao, se encontraba Alberto Hurtado SJ, quien se familiarizó con la espiritualidad y la práctica de los Ejercicios y más tarde llegó a ser “un gran formador de laicos”.⁹ En el año 1917 se dio una renovación importante de las congregaciones marianas a través de un Congreso en Santiago que reunió a congregantes marianos adultos y jóvenes universitarios, cuyo presidente era Alberto Hurtado. Casi dos décadas después, Pío XI pidió que todos los movimientos se concentraran en la Acción Católica y cuando Alberto Hurtado regresó a Chile en 1936, se lo nombró asesor nacional de la Acción Católica (cf. C 1, 43). El proceso de Confederación Mundial de las congregaciones se cristalizó en 1954 en el Congreso y Asamblea mundial realizado en Newark, EE.UU.; posteriormente esta alianza mundial evolucionó hasta dar lugar a la “Comunidad Mundial de Vida Cristiana”, propuesta en Roma en 1979 y aprobada definitivamente en Providence en 1982. Las mujeres laicas del estudio de caso que presentamos pertenecen a la primera comunidad de adultos de CVX en Chile o han sido acompañadas por ellas.¹⁰

2. El Concilio Vaticano II y su impulso renovador en las CG 31 y 32

La renovación de la Compañía de Jesús a partir del Concilio Vaticano II se vincula especialmente a la figura de Pedro Arrupe SJ como superior general, elegido en la Congregación General 31 (1965-1966), cuyo propósito fue adaptar la Compañía a las líneas conciliares.¹¹ En esa misma congregación, el padre Arrupe asumió el desafío de la puesta en práctica del Concilio en orden a la “renovada acomodación de la vida religiosa” solicitada por *Perfectae Caritatis*, para lo cual debía impulsar una vuelta a las fuentes de los Ejercicios en orden a la misión. Para nuestro tema, resulta de especial interés el decreto 33, “La Compañía y el laicado”, por integrar las líneas maestras de la teología del laicado con innumerables referencias a los documentos conciliares.¹² Casi una década después, Arrupe convocó la Congregación General

⁹ V. R. AZCUY; A. SERRANO, Entrevista [1] a Juan Ochagavía SJ realizada el 04.07.2013 (inédita), 24.28.31.

¹⁰ De esta comunidad –integrada solo por mujeres– han sido entrevistadas Josefina Errázuriz, Ana María Aguirre y Patricia Concha –representantes de distintas formas de compromiso apostólico a partir de los Ejercicios Espirituales–; por razones de espacio, en esta ocasión se hace referencia sólo a las dos primeras. A cambio, para ilustrar la importancia de la transmisión de los Ejercicios de quien los recibe, se hará mención de otras dos mujeres que han sido acompañadas por J. Errázuriz: Pilar Segovia y Soledad Vial.

¹¹ Pedro Arrupe se destaca sobre todo como “una figura clave de la Iglesia del posconcilio”, en particular relación para la renovación de la vida religiosa. S. MADRIGAL SJ, “P. Arrupe, un líder para el sueño conciliar”, en: *Memoria del Concilio. Diez evocaciones del Vaticano II*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas/Desclée de Brouwer, 2005, 297-330, 297.

¹² CONGREGACIÓN GENERAL XXXI. *Documentos*, Zaragoza, Editorial Hechos y Dichos, 1966, Decreto 33. Cf. M. C. BINGEMER, “Jesuitas y laicos: hacia una colaboración en misión”, *Stromata* 72 (2016) 243-255

32 (1974-1975) y, en ella, la Compañía tomó conciencia de la indisolubilidad de la relación entre *fe y justicia* y percibió que los Ejercicios eran la mediación carismática que ella poseía para unir ambas dimensiones de su misión eclesial. En el famoso decreto 4, dio una definición de la misión de la Compañía de Jesús asociando de manera estrecha el servicio de la fe y la promoción de la justicia:

En el corazón del mensaje cristiano está Dios revelándose en Cristo como Padre de todos los hombres, por el Espíritu que les llama a conversión: esta implica de manera indivisible una actitud de hijo hacia Él y una actitud de hermano hacia el prójimo. No hay conversión auténtica al amor de Dios sin una conversión al amor de los hombres y, por tanto, a las exigencias de la justicia (...) La evangelización es proclamación de la fe que actúa en el amor de los hombres (Gal 5,6; Efes 4,15): no puede realizarse verdaderamente sin promoción de la justicia.¹³

La importancia de este discernimiento, guiado por el retorno a las fuentes y la adaptación a los nuevos tiempos, hizo que Pedro Arrupe considerara la CG 32 como la principal decisión de su generalato.¹⁴

3. Algunos aspectos de este proceso receptivo en la provincia jesuita de Chile

El proceso de recepción iniciado por las CGs 31 y 32 implicó para la Compañía realizar un camino de renovación que exigió movilizar “recursos espirituales originales”.¹⁵ En la búsqueda de las mediaciones que posibilitaran el redescubrimiento de los Ejercicios en la Provincia de Chile, tuvo un papel fundamental Juan Ochagavía SJ, quien fuera provincial en el período 1972-1978. Durante estos años él impulsó cuatro líneas de acción: 1) realimentarse de los Ejercicios Espirituales y formar a los laicos a través de la CVX; 2) énfasis en la justicia; 3) cercanía de amistad con los pobres; 4) renovarse en la educación por los colegios.¹⁶ Para Ochagavía, la prioridad de la formación de los laicos implicaba “todo un cambio cultural”, tal como está expresado en el capítulo II de *Lumen Gentium* sobre el Pueblo de Dios; si bien el proceso ha resultado exigente y no exento de algunas dificultades, él cree que se ha avanzado mucho en este sentido (cf. C 1, 73-74). El camino de formación de laicos en Chile –desde una perspectiva ignaciana– se inició con la

en línea: www.cpalsj.org/wp-content/uploads/2013/04/Jesuitas-y-laicos1.pdf [consulta: 20.05.15]. E. VALENZUELA SJ, “25 años colaborando en la misión”, *Cuadernos de Espiritualidad* 178 (2009) 4-6, 4.

¹³ CONGREGACIÓN GENERAL XXXII DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Decretos y Documentos Anejos*, Madrid, Razón y Fe, 1975, Decreto 4, 28. En adelante, CG 32 seguido de número de decreto y párrafo.

¹⁴ Cf. MADRIGAL, “P. Arrupe, un líder para el sueño conciliar”, 320ss.

¹⁵ Cf. CONGAR, “La recepción como realidad eclesiológica”, 58.

¹⁶ Cf. V. R. AZCUY, Entrevista [3] a Juan Ochagavía SJ realizada el 30.12.2013 (inédita), 182-187.

década del setenta en colegios de varones y una motivación fundamental para ello fue que se venía formando a los laicos con los aportes de otros carismas: “¿no será interesante –planteó Ochagavía– si nos ponemos de acuerdo en formar laicos según nuestras fuentes espirituales?” (C 1, 61). Una ocasión especial para esta formación fue un curso dado por Maurice Giuliani SJ¹⁷ en 1981 para acompañantes de Ejercicios en la vida diaria, organizado por la CVX Mundial en Roma para jesuitas y laicos de distintos países. De Chile asistieron dos laicas: una de ellas fue Josefina Errázuriz, quien entonces ya formaba parte del Equipo de Formación de CVX Mundial y más tarde sería convocada para estar entre los iniciadores del CEI:

Me invitaron a un curso que hizo el padre Maurice Giuliani, un gran teólogo y formador de personas, [para] que dieran ejercicios espirituales grupales, que aquí en Chile no se había oído. (...) En ese curso del padre Giuliani fueron muchos jesuitas y muy pocos laicos: fui yo y otra chilena a quien yo le había dado los Ejercicios y que a ella también le habían cambiado la vida y estaba

Diversas iniciativas como ésta fueron preparando la creación del CEI, que tendría lugar unos años después –durante el provincialato de Fernando Montes SJ– en la ciudad de Santiago. Posiblemente, la Congregación General 33 de 1983, en su primer decreto “Compañeros de Jesús, enviados al mundo de hoy”,¹⁸ representó una motivación decisiva en orden a la colaboración al enfatizar la necesidad de “desarrollar una relación más estrecha con los laicos, fomentando y respetando su propia vocación, para que asuman plenamente su responsabilidad en la Iglesia y en el mundo”.¹⁹

4. La creación y puesta en marcha del Centro de Espiritualidad Ignaciana

La proliferación de Centros de Espiritualidad de la Compañía en América Latina, con la finalidad de formar y acompañar laicos/as, fue uno de los frutos de la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II. Este crecimiento, unido a la inquietud de situar este desarrollo en la realidad latinoamericana, dio lugar a una Confederación Latinoamericana de los Centros de Espiritualidad (CLACIES), que procura ofrecer orientaciones para contextualizar la práctica

¹⁷ El padre Maurice Giuliani es un jesuita poco conocido por el gran público, pero ha acompañado la renovación de la espiritualidad ignaciana en la segunda mitad del siglo XX. La creación de la revista *Christus* y el desarrollo de los Ejercicios Espirituales en la vida diaria son aportes suyos. Un gran número de personas han sido formadas por él para acompañar retiros espirituales según los Ejercicios. Cf. M. GIULIANI SJ, *La experiencia de los Ejercicios Espirituales en la vida*, Bilbao, Mensajero, 1992.

¹⁸ Cf. CONGREGACIÓN GENERAL XXXIII DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Decretos y Documentos Anejos*, Bilbao, Mensajero, 1983, Decreto 1.

¹⁹ BINGEMER, “Jesuitas y laicos: hacia una colaboración en la misión”, 3.

de los Ejercicios en nuestra región.²⁰ Las pautas de las Congregaciones Generales y los esfuerzos locales realizados para aplicarlas fueron “tomando carne” en Chile, a pesar de los tiempos difíciles del régimen militar que se inició en este país en 1973. Recién en 1984, luego de más de una década con diversas instancias formativas, fue posible que el CEI abriera sus puertas para acompañar y formar en la experiencia de los Ejercicios Espirituales. Para su inicio, junto a Eddie Mercieca SJ como director y José (Pepe) Correa SJ, fue convocada Josefina Errázuriz, una laica perteneciente a CVX desde 1975, teóloga y precursora en acompañar Ejercicios y en otras funciones en CVX e iniciadora de una campaña solidaria ante la cesantía de 1982 —que derivó en una fundación solidaria que ya lleva 30 años al servicio del trabajo digno en Santiago—. ²¹

En cuanto al aporte específico del CEI, desde su inicio “ofreció cursos de formación de acompañantes espirituales (...) abiertos al que quisiera, de hecho venían religiosas, laicos y algunas veces sacerdotes o seminaristas” (CI, 66). A partir de 1986, se impulsó la formación sistemática de acompañantes espirituales y de guías de ejercicios, que se transformó en un eje prioritario de la actividad del CEI. Tanto José Correa como Josefina Errázuriz —ambos formados por M. Giuliani— desarrollaron con especial dedicación la modalidad de los “Ejercicios en la vida corriente”—muy novedosa en esos años—, porque

los dos —relata Josefina E.— ya lo estábamos haciendo desde hacía años y creíamos fervientemente que eran muy importantes para los laicos. Pepe [Correa] estaba poniendo por escrito su experiencia y yo estaba intentando promoverlos en las CVX de todo el mundo, por encargo del Consejo Ejecutivo Mundial de CVX ¡por carta! porque no había otros medios tecnológicos. Era nuestro tema más querido.... ²²

Esta forma de dar los Ejercicios hacía posible que, la mayoría de las personas interesadas laicas, pudieran concretar la experiencia. Y la perseverancia resultaba notable.

²⁰ Cf. CONFERENCIA DE PROVINCIALES JESUITAS DE AMÉRICA LATINA, *Ejercicios Espirituales en América Latina. Para ayudar al modo nuestro de dar los Ejercicios hoy*, Rio de Janeiro. Aneas, 2011. Sobre su desarrollo en Argentina he realizado una investigación publicada, junto a otros artículos, en V. R. AZCUY; M. M. MAZZINI, “Sujetos, itinerarios y prácticas carismáticas. La espiritualidad en dos casas de irradiación de Buenos Aires”, en: V. R. AZCUY (coord.), *Ciudad vivida. Prácticas de espiritualidad en Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Guadalupe, 2014, 117-156.

²¹ Sobre la Fundación Solidaria Trabajo para un Hermano se está realizando una investigación aparte en colaboración con Mirta Jauregui, quien prepara su licenciatura en pastoral sobre el tema.

²² J. ERRÁZURIZ, “Recuerdos de los primeros años del CEI al cumplir 30 años de vida”. Palabras pronunciadas el 3 de junio de 2014. Agradezco a la autora por haberme las compartió.

En cuanto a las personas participantes en el CEI, Juan Ochagavía sostiene que fueron las mujeres laicas quienes marcaron la presencia distintiva: “yo diría más laicas que religiosas, porque la base ha sido CVX; había muchas mujeres, más que varones; mujeres muy capaces, muy bien formadas” (C1, 75). El cambio de mentalidad que suponía esta colaboración entre jesuitas y laicas/os en la misión, también alcanzó a quienes se acercaron al CEI en búsqueda de acompañamiento en Ejercicios. J. Ochagavía relata que ellos al principio necesitaron un tiempo para adaptarse a la novedad:

El año 1991²³ yo siempre daba Ejercicios de ocho días o diez días con [un] equipo de laicos, entonces tres o cuatro personas. Si éramos cuatro, siempre había una religiosa, dos laicos, un laico y una laica y yo y la pregunta era siempre: «Padre, yo quiero que usted me dé los Ejercicios; no quiero que me los dé una laica». Siempre en un grupo de unas quince personas había un caso así. (C1, 76)

Pero esto fue cambiando, posiblemente por la firmeza de una renovada convicción:

Bueno y «los Ejercicios no se los va a dar ni yo ni ella, sino que se los va a dar el Espíritu Santo, entonces trabajen juntos y yo voy a celebrar la misa. En fin y si tiene algún deseo de preguntar algo, venga y pregunte y conversemos». Pero esa pregunta es inútil, *quién le va a dar los ejercicios*, porque no es real, porque es un *cliché* cultural. Ya no hacen esa pregunta, ya no piden eso, hace años que ya no piden eso. Se ha establecido y la mayoría de las veces las que acompañan Ejercicios son mujeres. La mayoría de los laicos que acompañan los Ejercicios son mujeres; hay un grupo de varones también. (C1, 77-78)

Cabe destacar que el CEI, luego de cumplir 25 años de vida, alcanzó un mayor desarrollo e impacto en la ciudad de Santiago gracias al impulso del área de difusión a través del servicio de Soledad Vial, alcanzándose a más de 4.000 personas por año. ²⁴

5. Testimonios de mujeres laicas precursoras en CVX y CEI-Chile

La renovación por los Ejercicios —en la Compañía, las CVX y la Iglesia— empieza siempre por la propia vida y se va plasmando en las comunidades y las

²³ A partir de esta fecha, luego de colaborar en Roma como Asistente General de la Compañía de Jesús por un lapso de ocho años, fue nombrado Asesor Nacional de CVX en paralelo con la formación de jesuitas como Vice-superior de teólogos.

²⁴ Cf. G. JONQUIÈRES, “Reflexión sobre los 25 años del CEI”, *Cuadernos de Espiritualidad* 178 (2009) 13-15, 14. Soledad Vial, quien ha sido entrevistada dos veces para esta investigación, ha fallecido —también en un accidente inesperadamente— en febrero de 2015.

obras. En el caso de Josefina Errázuriz, ésta tiene que ver con sus primeros Ejercicios como ella lo expresa:²⁵

estudiando teología yo conocí a los jesuitas, hice ejercicios espirituales en la vida diaria, personalmente dirigidos, nadie más hacia ejercicios en ese tiempo. Y también me entusiasmé por darlos, porque como me cambió tanto la vida, yo sentí que era como algo que yo no podía dejar de hacer; entonces Juan [Ochagavía] me ayudó, me empujó –porque me daba mucho susto– a dar ejercicios. (C 2, 18)

Esto sucedió luego de trece años de vida matrimonial con hijos pequeños, un período en el cual por diversas razones se había ido alejando de Dios. Pero todo cambió a partir de los Ejercicios en la vida diaria, que realizó de la mano de Carlos Hallet SJ, su acompañante:

Todos los lunes nos juntábamos, me acuerdo, y llevó casi un año y medio, lo terminé como en abril del 1975, y en el camino, el Señor se fue mostrando y cambiándome por dentro y entonces cuando terminé le dije a Carlos [Hallet] en la última reunión: «Carlos, ¿y ahora qué voy a hacer yo?, ¿sin esto yo qué hago?, ya los Ejercicios cambiaron mi manera de andar y de mirar». (C 2, 7)

Estos Ejercicios impulsaron la primera experiencia de vida en comunidad para J. Errázuriz y, con ella, el inicio de la primera comunidad adulta dentro de las CVX de Chile, un camino que continúa hasta el presente: “la CVX me hizo experimentar el vivir en comunidad la fe y la misión y que no se puede vivir de otra manera” (C 2, 13). Juan Ochagavía—siendo provincial— fue el asesor y guía de su comunidad hasta 1983, lo cual explica en cierto modo el proceso acelerado de formación y liderazgo que ella desplegó: “en el 1982 me nombraron vicepresidenta mundial de la CVX y me pusieron a cargo de un equipo de formación para movilizar los Ejercicios grupales o personales en las CVX de todo el mundo” (C 2, 20). Cuando en 1984 se impulsa la idea de crear el CEI en Chile, ella fue convocada por ese itinerario: “me llamó Fernando [Montes] y me dijo que, si yo quería, iban a formar este Centro de Espiritualidad Ignaciana en Chile —que no había— y que le gustaría mucho a él que hubiera una laica” (C 2, 25). Y luego agrega: “yo comencé a dar Ejercicios en grupo, porque Pepe Correa también había estado formándose con Maurice Giuliani y entonces dábamos Ejercicios en grupo y personalmente dirigidos en la vida diaria y también acompañamiento espiritual” (C 2, 28).

En esta presentación abreviada, quisiera mencionar otro testimonio desde las CVX, ya que —según Ochagavía— “lo más importante es el acompaña-

miento que viene después de los Ejercicios” (C 1, 95), de allí la importancia fundamental del guía de comunidad (C 1, 63). Ana María Aguirre conoció a J. Ochagavía en el año 1978 e inició su participación en una comunidad CVX en 1980.²⁶ Para ella, eso “significa un camino de vida; las comunidades de CVX son una elección que tú haces de recorrer el camino de la espiritualidad ignaciana y tomar las decisiones basadas en los ejercicios del San Ignacio” (C 6, 14). Los principales servicios que ella prestó fueron el de guía de comunidades —a lo largo de casi veinte años— y el de miembro en los consejos de CVX, que es una tarea muy sacrificada: como presidenta nacional (1992-1996) y como consultora en el Consejo Mundial desde 1998, función que le permitió participar de dos Asambleas Mundiales, que fueron las realizadas en Hong Kong (2003) y Nairobi (2005) respectivamente:

yo tuve varias reuniones interesantes, conocimos bastante al padre Kolvenbach que nos invitaba a almorzar todos los años. Yo sentía un entusiasmo, por pensar que uno podía hacer algo y cambiar algo. Y en la CVX teníamos eso que en las asambleas se planificaba. Por ejemplo, a mí me tocó toda la parte de colaboración de jesuitas y laicos, que eso fue bastante fuerte. Ellos lo vieron en su congregación general y nosotros en las asambleas mundiales. Entonces, como que se abrían puertas, caminos de colaboración. (C 6,26)

Ana María Aguirre también da testimonio sobre la labor de los jesuitas en Chile: “yo creo que siempre los jesuitas nos han acompañado, animado y apoyado bastante, eso yo lo aprecio mucho; pero Juan [Ochagavía] ha sido el líder en eso, en cuanto a apoyar a los laicos” (C 6, 29). A su vez, según Ochagavía, su nombre y el de Josefina representan de modo especial el nuevo sujeto emergente del laicado —en el posconcilio— en relación con el acompañamiento de Ejercicios y de comunidades cristianas en Chile (cf. C 1, 83).

Un tercer testimonio nos sirve para ilustrar brevemente el efecto multiplicador del acompañamiento a través de los Ejercicios Espirituales. Se trata del relato de Pilar Segovia, acompañada espiritualmente —entre otros— por Josefina Errázuriz durante años. Como en otros casos, luego de realizar los Ejercicios en la Vida y los Ejercicios de los 8 días, ella afirma que esta experiencia: “me cambió la vida; yo entré a los Ejercicios y el Señor fue regalarme gracia tras gracia”.²⁷ El primer propósito que surgió de los Ejercicios fue sintetizado así: “lo que yo voy a hacer es rezar por la gente, para que ellos vivan lo que yo viví, para que les toque esto, es lo mejor que yo puedo hacer, rezarle al Señor y que los otros vivan esto” (C 8, 42). El servicio que fructificó de esta experiencia

²⁶ Cf. V. R. AZCUY; A. SERRANO, Entrevista [6] a Ana María Aguirre realizada el 25.06.2014 (inédita), 13.

²⁷ V. R. AZCUY; A. SERRANO, Entrevista [8] a Pilar Segovia realizada el 20.10.2015 (inédita), 35.

²⁵ Por razones de espacio, en esta ocasión, me referiré solamente a la experiencia de los primeros Ejercicios, de la CVX y de su participación en la creación del Centro de Espiritualidad Ignaciana.

espiritual se fue desplegando después y estuvo relacionado, en parte, con formarse en la Escuela de Ejercicios –dado en el Centro de Espiritualidad Ignaciana– y llevar los Ejercicios en la Vida a una comunidad pobre en Cerro Navia:

Empecé a dar Ejercicios en la Vida, vida corriente, en grupos. Eso lo daba con la Soledad Vial. Harto tiempo estuvimos en eso, fue muy lindo. Dábamos en Cerro Navia, hartos años. (...) También dábamos unos talleres de oración, sobre todo en Cerro Navia, había un cariño muy grande ahí. También hice talleres de acompañamiento, retomé el acompañamiento. Empecé a acompañar gente, a algunas personas, tímidamente hago eso. Y siento que el Señor me ha ido confirmando en este camino de acompañar Ejercicios, de acompañar a otros en la oración, de acompañar a otro espiritualmente, siento que se me confirma cada vez (C 8, 52.55)

Actualmente, Pilar Segovia está dedicada –junto a otros/as– a acompañar en la Pastoral de la Diversidad Sexual (PADIS), una iniciativa que cuenta con el apoyo del Arzobispado de Santiago de Chile y que muestra la colaboración de los laicos en apostolados de frontera.

La experiencia de los Ejercicios Espirituales y su acompañamiento atrae las actividades del CEI, la vida de las CVX y la espiritualidad de las obras apostólicas.

6. El CEI como testimonio de una “recepción compartida”

Desde la CG 31, los religiosos jesuitas asumieron esta perspectiva de renovación y la fueron explicitando; la conciencia y el compromiso expresados por la CG 34 es elocuente:

La Compañía de Jesús reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro el que los laicos «tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en este decisivo momento de la historia» [ChL 3]. Deseamos responder a esta gracia poniéndonos al servicio de la plena realización de la misión de los laicos [CG 31, d. 33, 34] y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en su misión. (CG 34, d.13, 1)

La opción asumida por la CG 31 de *promover la colaboración de los laicos en nuestras propias obras apostólicas* fue madurando y la misión jesuita se fue enriqueciendo: “una colaboración creciente con los laicos ha expandido nuestra misión y ha cambiado la manera de llevarla a cabo; ha enriquecido lo que hacemos y la forma como entendemos nuestra función en la misión” (CG 34, d.13, 2). Con respecto a la evolución que se fue dando y en relación con las oportunidades para el futuro, cabe señalar que la Compañía vislumbra y afirma

que se avanzará “mucho más allá de nuestra experiencia actual” (CG 34, d.13, 18), posiblemente porque –como señala J. M. Arnaiz– es *imposible compartir la misión y no compartir la vida*, es decir, al compartirse la misión, surge y crece la comunión, que en este caso recibe el nombre de familia carismática.²⁸ Un cambio de lenguaje significativo, en este sentido, es el que se puede observar en el decreto 13 de la CG 34:

La emergente «Iglesia del laicado» repercutirá también en nuestro apostolado. Esta transformación puede enriquecer nuestras obras y acentuar su carácter ignaciano, si aprendemos a cooperar con la gracia que supone el surgir del laicado. Cuando hablemos de ‘nuestros apostolados’, tendremos que entender por ‘nuestro’ algo distinto: ‘nuestro’ deberá significar un auténtico compañerismo ignaciano de laicos y jesuitas, desde el que cada cual actuará de acuerdo con su propia vocación (CG 34, d.13, 20)

El proceso de colaboración entre laicas/os y jesuitas desencadena formas de mutuo enriquecimiento en las vocaciones específicas de cada uno; se da una “nueva frescura carismática” o una “mayor vitalidad del carisma” que surgen del caminar juntos.²⁹ En la CG 34, se pedía al Padre General que estudiara la posibilidad –con la ayuda de jesuitas y no jesuitas cualificados– de “crear lo que podría llamarse «una red apostólica ignaciana»” para fomentar una mejor comunicación y proporcionar apoyo personal y espiritual entre personas y grupos (CG 34, d.13, 21). Esta perspectiva exigió amplias consultas, un discernimiento cuidadoso y una planificación gradual y pausada.³⁰ En un texto que sintetiza este proceso, Tony Mifsud sostiene:

El término nuevo sujeto apostólico expresa la respuesta al llamado de la Compañía de Jesús para emprender el camino de la colaboración entre jesuitas y laicos, al servicio de la Iglesia en la evangelización/transformación de la sociedad. (...) En esta colaboración se crea un nosotros (sujeto colectivo), respetando las distintas vocaciones (sujeto individual), es decir, un nosotros

²⁸ Con estas palabras, el autor explica la evolución de “colaboración” a “misión compartida” y ya –en algunas congregaciones– a la “familia carismática”. Cf. ARNAIZ SM, *Vida y misión compartidas*, 117-153.

²⁹ ARNAIZ, *Vida y misión compartidas*, 8, 15.

³⁰ El tema fue planteado por la Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina (CPAL), la cual en 2002 aprobó iniciar y desarrollar procesos orientados hacia la conformación de un “nuevo sujeto apostólico”. T. MIFSUD SJ, “El nuevo sujeto apostólico. Status quaestionis”, en línea: www.cpalsj.org/wp-content/uploads/2013/04/Un-nuevo-sujeto-apostolico.pdf [consulta: 20.05.15]. El autor se refiere al documento “Principio y Horizonte de nuestra misión en América Latina”, N° 20-21.

de colaboración formado por dos identidades (jesuita y laico), pero animado y motivado por una común inspiración (espiritualidad ignaciana).³¹

La presencia de esta conceptualización hace pensar en un camino progresivo de renovación en la Compañía de Jesús con respecto a la colaboración con los laicos. Según Arnaiz, la “colaboración” se entiende como un primer paso en el camino de acercamiento entre religiosos y laicos que da lugar a la “misión compartida”, en la cual se comparte el carisma y la misión desde las diferentes formas de vida y, por último, surge la “familia carismática”, que supone una nueva estructura capaz de acompañar el surgimiento de diversas encarnaciones del carisma fundacional.³² La *familia carismática* representa un paso muy radical y comprometido, con pocas realizaciones concretas; desde la Compañía de Jesús, lo entiendo como ese “horizonte utópico” del *nuevo sujeto apostólico* que marca un rumbo para seguir creciendo o como la *Red Apostólica Ignaciana* que es un camino hacia.

De todas maneras, los desafíos de la recepción continúan ya que ésta es siempre inacabada.³³ La tarea de la renovación no está concluida: “el Espíritu — como señaló J. Ochagavía— impulsa a la Iglesia a continuar profundizando el Concilio y llevarlo a la práctica”.³⁴ También en lo relativo a las mutuas relaciones entre religiosos, sacerdotes y laicos, la tarea debe continuar; se trata de un nuevo paradigma de Iglesia y de santidad vinculada a ella, la santificación cristiana supone una realización eclesial. Así recordó Josefina Errázuriz el reto de nuestros tiempos: “muchas veces — ponemos el acento en lo que nos separa: el ser laicos o clérigos. Y esto no es lo sustantivo sino lo adjetivo; lo sustantivo es ser cristianos, lo adjetivo es ser clérigos y laicos”.³⁵

En este artículo, me propuse considerar la recepción en el proceso de renovación de la Compañía en Chile a partir del Centro de Espiritualidad creado en 1984, porque es en este *movimiento de renovación* donde se manifiesta la autenti-

³¹ MIFSUD. “El nuevo sujeto apostólico”, 2-3.

³² Cf. ARNAIZ, *Vida y misión compartidas*, 117ss.

³³ Cf. J. A. SCAMPINI OP, “Elementos teológicos relativos a la recepción y su aplicación al Concilio Vaticano II”, en: J. A. SCAMPINI OP; C. SCHICKENDANTZ, *La recepción teológica del Concilio Vaticano II*, Buenos Aires, Ágape, 2015, 11-63, 39-41.

³⁴ J. OCHAGAVÍA SJ, “El Concilio Vaticano II: faro y tarea pendiente”, en: M. LARRAÍN; B. PIÑERA; J. OCHAGAVÍA SJ; A. BENTUÉ, *Arar en la esperanza. El Concilio Ecueménico Vaticano II: Faro y Tarea pendiente*, Santiago, Verbo Divino/Ediciones Universidad Católica del Maule/San Pablo, 2014, 147-189, 185.

³⁵ J. ERRÁZURIZ. “Los laicos en la Iglesia”, *Cuadernos de Espiritualidad* 139 (2003) 3-25, 4.

cidad de la recepción.³⁶ De hecho, faltan estudios e investigaciones que ofrezcan relevamientos de los procesos de recepción en la vida de las iglesias particulares — recepción vivida— y el método cualitativo ofrece a la teología una mediación importante para este tipo de abordajes.³⁷ El estudio de caso presentado en este texto se sitúa en esta perspectiva e intenta revalorizar tanto el rostro laical como la misión compartida entre religiosos y laicos/as en la Iglesia de hoy.

A partir de algunos pasajes fragmentarios de las Congregaciones Generales del posconcilio e inspirada en el testimonio de algunos relatos más significativos del estudio de caso, pude identificar la experiencia de la creación y la puesta en marcha del Centro de Espiritualidad Ignaciana como una forma peculiar de “recepción compartida”, realizada entre religiosos y laicos —sobre todo laicos— a partir de una comunión carismática. En cierto modo, Ana María Aguirre ha expresado de modo sintético el discernimiento comunitario que esta recepción supuso: “ellos [los jesuitas] lo vieron en su congregación general y nosotros [laicos y laicos] en las asambleas mundiales” (C 6, 26). La recepción relativa a la colaboración con los laicos fue comunitaria en diversos sentidos: en las Congregaciones Generales y en las asambleas mundiales de las Comunidades de Vida Cristiana, en cada provincia jesuítica, en las comunidades nacionales de CVX y finalmente en el inicio de un apostolado compartido. A partir de la experiencia vivida en el Centro de Espiritualidad Ignacia, desde sus comienzos, se puede afirmar —con Eddie Mercieca, su primer director— que la colaboración ha sido el rasgo principal de este camino de relación entre jesuitas y laicos.³⁸

En estos tiempos se habla de “carisma compartido” y “misión compartida” para expresar las relaciones de intercambio entre religiosos y laicos, ¿por qué no podría hablarse de “recepción compartida” para interpretar la colaboración entre jesuitas y laicos que se plasmó de diversas maneras, entre las que se encuentra el CEI? De hecho, la práctica compartida de acompañar los Ejercicios muestra un rostro novedoso de la renovación en la perspectiva de la Iglesia-comunión. El estudio de esta perspectiva puede continuarse.

Artículo recibido en marzo de 2016. Aprobado por el Consejo Editor en junio de 2016.

³⁶ Cf. H. J. POTTMEYER, “Hacia una nueva fase de la recepción del Vaticano II. Veinte años de hermenéutica del Concilio”, en: G. ALBERIGO; J.-P. JOSSUA, *La recepción del Vaticano II*, Madrid, Cristiandad, 1987, 66.

³⁷ Cf. V. R. AZCUY, “Teología urbana: Sentidos y prácticas de espiritualidad”, en: AZCUY (coord.), *Ciudad vivida*, 13-34, 21ss.

³⁸ Cf. E. MERCIÉCA, “Una obra en colaboración”, *Cuadernos de Espiritualidad* 178 (2009) 9-12.